

ALGUNAS PRECISIONES A UN LIBRO PIADOSO*

PILAR PALOP

Oviedo



Como advierte el propio F. Savater en una justificación preliminar, el artículo inicial de esta obra, que da nombre al libro, prolonga ideas ya anunciadas en *De los dioses y el mundo* (Valencia, F. Torres, 1975) y en «La Filosofía de lo sagrado» (artículo contenido en *La Filosofía como anhelo de la Revolución*, Madrid, Ayuso, 1976).

Me atrevería a decir que en estos tres lugares se recogen, seguramente, los pensamientos que Savater considera más suyos, aquéllos que más estima y le preocupan o, dicho con una expresión que el autor no aceptaría: aquéllos que concibe como el eje de su «doctrina».

El libro contiene, además, otros artículos distintos: sobre Spinoza o Heidegger, sobre Cioran o Holderlin, sobre «Cultura y gozo», etc.

Yo recomendaría al lector que leyera, sobre todo, esos últimos artículos mencionados. Son lo mejor de Savater, lo que entusiasma y conmueve y también lo que conduce más directamente al auténtico pensamiento savateriano, despojado del artificio retórico y de la deliberada mixtificación. Nadie mejor que Savater sabe aproximarnos, en muy pocas páginas y con suma sencillez, al pensamiento de los filósofos. Cuando escribe sobre ellos, los ha repensado en proximidad y con empatía, los expone sin artificio y sin maniqueísmos, aceptando con «piedad apasionada» todas las contradicciones en que, como hombres y como pensadores, necesariamente se movieron.

Pero lo otro —esos pensamientos que Savater nos ofrece como suyos— son, en cambio, mucho menos interesantes. Savater ha bebido en Céline, en Cioran, en Rosset y en Nietzsche. Ha sido discípulo y es un «piadoso» defensor de García Calvo. Pero estos autores, por mucho valor que tengan y se les conceda, carecen de ese nervio amplio y fuerte, de esa vastedad de ideas y de esas «siete leguas del concepto» que los grandes filósofos —Spinoza, Kant, Hegel o Platón, p.e.— siguen y

seguirán teniendo. Ahora bien, Savater trata, a toda costa de huir de la fascinación de los grandes de la filosofía, porque huye del sistema y de lo que él llama «monoteísmo», y porque aborrece la implacable verdad de lo Necesario.

Savater quisiera ofrecernos la réplica, la contestación a ese pensamiento monoteísta. En ofrecer esa réplica consiste todo su anhelo y la pasión que anima sus escritos; en ello consiste su gallardo intento. Gallardo porque está condenado al fracaso y lo sabe: nadie mejor que él conoce cuánto de verdadero contiene la filosofía que combate y cuánto de endeble, de puramente voluntarista, se encierra en sus propias savaterianas afirmaciones.

Savater quiere retrotraernos al politeísmo de los antiguos, al paganismo del mito, a la piedad comunitaria, anterior e irreductible a las Religiones monoteístas, a la veneración de la Ciencia y a la sociedad presidida por el Estado.

Savater quisiera poder revocar la historia, para volver, como todos los nostálgicos del paraíso perdido, a la inocencia sin pecado. En este libro nos habla, incluso, como si lo supiera de buena tinta, de que en aquel paraíso primitivo había un Gran Arbol —réplica antagónica del Arbol de la Ciencia del Bien y del Mal, sin duda— que los «hombres aurorales» no cortaban y que, dejado intacto por quienes podaban el bosque, permanecía victorioso e incólume, como símbolo de lo fútil, de lo superfluo y como bastión de la intimidad intocable de lo «sagrado».

No sé si me equivoco, pero me parece que a los contemporáneos de Savater nos trae un poco sin cuidado aquel paraíso de los tiempos pretéritos, y el Arbol del Bien y del Mal, como tampoco nos sentimos demasiado inclinados a volver a venerar, por mucho que nos parezcan bellos y llenos de encanto, a los dioses de la Mitología antigua. Nos traen un poco sin cuidado porque la vida del presente, poco paradisíaca —es cierto— está, a pesar de todo, poblada de cosas mucho más interesantes y no menos bellas, en las que, además, no hace falta creer, o a las que no hay que añorar, porque están ante nuestros ojos inmediatas y vivas.

* Fernando SAVATER: *La Piedad Apasionada*. Ed. Sigueme, Salamanca, 1977

No es que Savater crea a pies juntillas que hubo un tiempo pasado que fue mejor, pero, al igual que los cristianos o que Rousseau o que los marxistas o que el propio Freud, postula la existencia, *in illo tempore*, de otra vida anterior y más rica, como arma crítica contra esta otra de ahora, que tal vez no le gusta.

El argumento mismo de la beatitud, en aquel paraíso del paganismo, era *—salva veritate—* lo que Savater llama la «comunidad perfecta», en donde ni el Estado, ni la Necesidad, ni la aceptación de la Muerte habrían todavía surgido. No se reconocía al Dios único en ninguna de esas sus múltiples manifestaciones. El regocijado ocio y la inagotable pasión —que los dioses paganos personificarían—, la entrega inconsciente y jubilosa al azar, la fe en el poder del espíritu y en lo milagroso, la piedad hacia las cosas y hacia los semejantes, la ausencia de temor o de sumisión, la vida despreocupada y lírica serían los ingredientes de ese modo de ser que, con el triunfo, en todos los campos, del Monoteísmo, se habría perdido.

El Monoteísmo tendría su versión primera en las grandes religiones positivas, pero su expresión más prístina y depurada la constituiría el Estado, marco de la Necesidad inexorable, de la cual se harían, a su vez, portavoces el Materialismo filosófico y la Ciencia.

En esta segunda *Weltanschauung* que es, según Savater, la de nuestra época, impera la Ley —como voz del Estado—, la Necesidad (determinismo) física —como axioma de la concepción materialista y positivista del mundo—, y la mística de la Verdad así como la del Progreso, como sustitutos, a través de la nueva veneración a la Ciencia, de las virtualidades salvíficas de la Religión que, en cambio, se hallaría herida ya de muerte en este momento histórico.



Frente a todo ello Savater postula un retorno a la «comunidad impecable», a la comunidad que es ajena e indiferente al Estado y que se guía por otras reglas; aboga, también, por una praxis de la aceptación del azar y del fugaz momento de la casualidad, antagonistas del determinismo materialista; hace gala de un menosprecio de las ciencias y de esas ilusiones —la Verdad y el Progreso, principalmente— que son concomitantes al espíritu positivo; sueña, en fin, con un retorno del espiritualismo y del culto de lo sagrado.

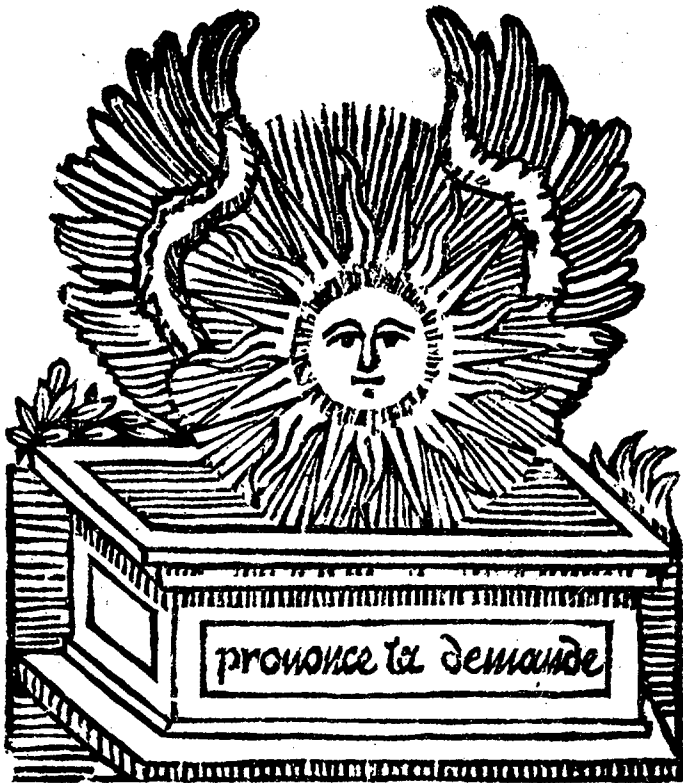
Savater es muy dueño de luchar por lo que crea más verdadero, más beneficioso o, cuanto menos, más consolador. Pero los argumentos que esgrime contra las posiciones del adversario son falaces y engañosos y, por ello mismo —porque ningún ideario, por justo y gallardo que sea, puede inspirarse en el engaño demagógico y en la falacia— me parece importante analizar esos argumentos.

Savater afirma, p.e., que los dos grandes males, fuentes del malestar humano, son el trabajo y la renuncia a las pasiones. En ello coincide puntualmente con Freud, aunque no comparte, en cambio, su teoría de la sublimación. Lo más característico de las convicciones de Savater es, con todo, el suponer que de esos males es causante el Estado, personificación de la Necesidad y administrador de la Muerte. (Por *Muerte* entiende Savater, no sólo la muerte física —aunque también— sino algo más general e impreciso: toda renuncia pulsional, todo sometimiento a las leyes físicas y sociales, todo acatamiento a los dictados del Estado o a la exigencia del trabajo que se hagan en nombre de la Necesidad y para salvar la vida).

El Estado no es solamente, para Savater, como para Marcuse, un aparato que ejercita la llamada «represión sobrante», represión que, siendo superflua (sobrante), cabría suprimir. La posición de Savater es mucho más radical: cualquier forma coercitiva que emane del Estado es, de suyo, sobrante y superflua, es intolerable. Savater no exhorta directamente a sus seguidores a dejar de trabajar, y él mismo, de hecho, trabaja. Pero aspira a «contagiar» al mayor número de lectores posible su convencimiento de que nadie debería someterse a la inexorabilidad de la Muerte (léase «acatamiento», «trabajo», etc.).

A mí siempre me ha parecido, sin embargo, que no es el Estado el que impone el trabajo o la renuncia pulsional, sino, precisamente esa comunidad próxima y cálida de aquellos que habitan junto a nosotros. El Estado, encarnado en los funcionarios y en los políticos, está demasiado lejos —aunque no por ello ausente— de nuestras vidas. Además, en el marco del Estado todos tienen cabida: trabajadores o vagos, ascetas o hedonistas, hombres honorables y delincuentes. De hecho, el Estado protege con creces a ciertos ociosos recalcitrantes, y en el seno de la burocracia estatal más elevada ni el ocio ni la vida pasional están mal considerados: más bien ocurre, a menudo, lo contrario.

No es pues el Estado —esa monstruosa abstracción que Savater repudia— la que coarta la vida jubilosa y libre: es precisamente la pequeña comunidad la que celo-



samente exige a sus miembros someterse a los dictados de la laboriosidad. Es ella la que determina quienes —los niños, los enfermos, los ancianos, los locos— pueden quedar exentos de ciertas obligaciones. Ella es, también, la que asume normalmente la tarea de exigir —Freud lo estableció muy claramente— esa renuncia a los instintos —al *pathos*— que podrían dañar la precaria libertad y el equilibrio inestable de los miembros del grupo. Yo siempre he pensado, por ello, que la vida en una comunidad pequeña daña mucho más hondamente la libertad y recorta mucho más las posibilidades de expansión del alma que la vida en el vasto ámbito del Estado. El hombre es tanto más libre cuanto más cosmopolita, porque en la ciudad y, más aún, en el seno de un amplio ayuntamiento de ciudades o de naciones, las posibilidades de elección para los hombres se multiplican considerablemente.

Tanto en la *Fenomenología del Espíritu* como en la *Filosofía del Derecho*, Hegel reformuló una idea que ya había formulado Sócrates: a la Ciudad y al Estado debemos mayor piedad que a los padres, que a los hermanos, que a los amigos, porque en el seno de la *polis* se ha fraguado y se fragua cada día nuestra libertad. Y si hay que combatir sin tregua a los gobernantes, así como a ciertas formas de organización del Estado (seguramente a todas las actualmente vigentes) es en la medida en que operan en menoscabo de esa Libertad que el Estado, de suyo y por esencia, tiene como función el garantizar.

Luchar (con «piedad» o sin ella) por cambiar el Estado es, pues, según creo, una forma más directamente

relacionada con el anhelo de la libertad que preconizar, en cambio, una recuperación de los dioses paganos como reductos de una renovada fe. En efecto, si esos múltiples dioses de la mitología significan la salvaguarda de ciertos valores estéticos o poéticos de nuestra cultura, el volver a recordarlos podrá significar para muchos (ya lo ha significado para muchos otros) una bella forma de ejercer la libertad, pero no la única posible. Si significa —como más bien tiende a apuntar Savater— una aceptación de las pulsiones albergadas en el «ello» y personificadas en figuras divinas, bien está para quien crea que su opción vital es ésa, pero para ello tampoco el Estado es un obstáculo principal.

La vida política es, precisamente, quizás más que ninguna otra, aquélla en donde el *pathos* se despliega con mayor profusión y ardor. Recuerdo en este punto la semblanza que Hegel hizo, en sus *Lecciones de Filosofía de la Historia*, de los grandes héroes políticos —César, Alejandro, Napoleón— cuando advierte como todo en ellos —su vida entera— tuvo la pasión como argumento. En la pasión consistió su grandeza, ella les privó del «tranquilo sosiego» y a ella se debieron las grandes hazañas victoriosas que el Espíritu realizó en las personas de estos estadistas. Lo que significó, por cierto, muy poco para la felicidad personal de estos héroes, pues, como advierte Hegel, una vez realizados en ellos los grandes designios de La Libertad —que busca siempre sus propios caminos— «cayeron como cáscaras vacías de la almendra» y murieron jóvenes, o fueron asesinados o deportados.

Y no sólo los grandes héroes, sino todos los que viven para y del Estado se comportan de modo comparable. Son las pasiones y los intereses ligados a ellas; es, en suma, el Espíritu subjetivo en su versión más particular, el que inspira la conducta de los políticos.

El *pathos* no es, por tanto —como cree Savater—, algo inútil o superfluo, algo subversivo contra los fines del Estado. Por el contrario, las pasiones son los instrumentos más eficaces y los más enérgicos para impulsar la vida política.

Sócrates —por boca de Platón—, Platón mismo, Spinoza, Kant y principalmente Hegel (a quien Savater tiene siempre presente como adversario principal) han descubierto y analizado la forma de ser del Estado. Ellos, más que Savater, o por lo menos tanto como él, no han ignorado la realidad opresora del gran Leviatán e incluso la han sentido dolorosamente sobre sus vidas. Pero no han dejado, por ello, de reconocer, en ese ente monstruoso y contradictorio, la condición misma de la libertad.

Lamentablemente falta, en este primer número de EL BASILISCO la reseña del más importante libro de filosofía que se ha publicado últimamente: *La Razón sin Esperanza*, de Javier Muguerza. Por causas de salud, Vidal Peña, que estaba elaborándola, no ha podido terminarla a tiempo. La reseña aparecerá en el próximo número.
